

en su falta su legítimo sucesor; en no dexarse seducir de los artificios y arbitrios que emanen de la iniquidad y de la violencia; y en dexar perpetuada la memoria de lo que la capital del Perú ha executado en un caso tan original y tan extraño, como el que se ve puntualizado en los papeles públicos. Sala capitular de Lima, y octubre 10 de 1808. = El Marques de Casa Calderon. = Antonio Alvarez de Villar. = El Conde de Montemar. = Josef Antonio Ugarte. = Tomás Vallejo. = El Conde de Monteblanco. = Antonio Elizalde. = Francisco Alvarado. = Dr. Don Ignacio Orúe y Mirones. = Xavier María de Aguirre. = Miguel de Oyague y Sarmiento. = Dr. Valentin Huydobro. = Joaquin Manuel Cobo. = Dr. Manuel de la Torre y Tagle. = El Conde de Villar de Fuente.

PROCLAMA

A TODOS LOS HABITANTES DE LA AMERICA meridional.

Generosos y fieles Americanos: un suceso espantoso y sin exemplo en los anales de todas las naciones acaba de sorprenderos, agotando vuestro asombro y admiracion. De algun tiempo á esta parte habiais fixado toda vuestra atencion sobre las miras del monstruo de la fortuna respecto de nuestra metrópoli. Estabais persuadidos de su desenfrenada ambicion por las continuas pruebas que habia dado de ella, desde el momento mismo en que se supo la existencia de ese hombre desconocido; pero sabiais tambien que España habia sacrificado á la conservacion de su amistad, sus tesoros, sus exércitos, sus esquadras y su comercio; y no podiais creer ni en el mas violento arrebató de vuestra imaginacion, que dexase de corresponder á unos sacrificios que contribuyeron tan poderosamente á sus triunfos y á su elevacion. ¿Quantas veces lo ha confesado y publicado él mismo? ¿Y quantas ha protestado que no haria la paz sin

asegurar las justas y debidas indemnizaciones á su íntima y cara aliada? Todo el mundo es testigo de esta verdad, y jamás podran borrarse de los papeles de Napoleon las expresiones con que nos inclinaba á creer que conocia sus obligaciones y aspiraba á cumplirlas.

No por esto descansaban tranquilos los españoles en unas promesas, que siempre recelaron no estarian muy de acuerdo con los verdaderos sentimientos de un hombre cuya religion, buena fé, pundonor y decoro se habian siempre reglado por las medidas de su ambicion y de su personal interes; pero mientras esta desconfianza se valanceaba con el peso de los grandes derechos que España tenia al reconocimiento y gratitud de Bonaparte, ninguno de quantos habitan el globo se figuraba que en su viciado corazon cupiese una alevosia tan atroz como la que acababa de executar.

Este monstruo abortado por Lebiatan para oprobrio del genero humano, despues de haber debilitado á la sombra de su fingida amistad, el poder de la monarquia española, situando sin necesidad gran parte de nuestro exercito en Portugal y en el Norte, y de haber introducido otro mayor del suyo en nuestras plazas, ocupando sus principales fortalezas, al pretexto de vatos é importantes designios; temeroso todavia del valor de los españoles, y del delito que abrigaba en su corazon, no se atrevió á pisar nuestro suelo; y convirtiendo la visita, que habia publicado venia á hacer á nuestros soberanos, en una trama de iniquidades, tuvo arte para llevarlos al de su dominacion, donde en su propia casa y baxo de su bárbaro poder los forzó á las renunciaciones inválidas y nulas de que completamente ha instruido el manifiesto de Sevilla, queriendo arrebatarnos de un golpe nuestra religion, nuestras leyes, nuestras costumbres, y al mismo soberano que acababa de proclamar la nacion con un gozo sin exemplo.

Sabeis muy bien por los papeles públicos el efecto que ha producido en todas las provincias de la metrópoli tan horrendo atentado, y que inflamadas de su amor y

alcald al monarca que habian jurado, y de su zelo por conservar la religion santa que felices profesamos, han tomado las armas con una actividad digna de su honor, protestando no dexarias hasta sacudir el yugo del tirano, y vengar los ultrages sacrilegos executados en la persona de su rey y señor; pero ignorais que Napoleon insaciable en su ambicion, é infatigable en sus artificios aun no habia consumado el delito horrendo de derribar la corona de las sienas de nuestro amado monarca FERNANDO VII, para colocarla sobre las suyas ó las de su hermano Josef, quando corrió á envolvernos en la misma suerte.

El 9 de agosto se apareció en Maldonado el bergantin de la marina francesa nombrado el Consolador, que á las pocas horas fué quemado por los lanchones de dos navios de guerra ingleses, sucediendo esto en circunstancias de haberse salvado en tierra la tripulacion de aquel buque con un emisario de Bonaparte y los pliegos que conducia por nuestro gobierno. El 13 se presentó en Buenos Ayres Mr. de Sastenaí con dichos pliegos, que reconocidos por el excmó. señor Virey á presencia de los ministros de la real Audiencia, y de los representantes del pueblo se halló en ellos una relacion de los sucesos de Bayona, desfigurados y dibuxados en términos muy propios del alevoso carácter de quien los habia dispuesto y executado; concluyendo con requerir al gefe á la conservacion de esta colonia para Josef Bonaparte, y llevando su atrevimiento y desvergüenza hasta el extremo de hacerlo responsable.

No estaba Napoleon satisfecho de su intriga, de su seduccion, ni de su amenaza, y para asegurar el éxito, apuró como siempre el artificio de hacer llevar desde Madrid á Bayona las órdenes y correspondencia de oficio que estaba detenida, á fin de que conducida por el mismo emisario encargado de sus pliegos, y mezclados unos con otros se pudiese creer que nuestra corte caminaba de acuerdo con sus intenciones, pero el gran Dios que favorece siempre las de aquellos que no se apartan de la senda de la justicia, y que jamas desampara la causa de los justos,

quiso que el gefe, los magistrados y los representantes del pueblo obrasen con tanta prebision como si tuviesen delante de los ojos quanto pasaba en la metrópoli. Sin dudar, sin detenerse y sin que alguno desistiese, se resolvió á arrear inmediatamente al emisario frances con toda la tripulacion del bergantin Consolador; no dar curso á alguno de los papeles que habia conducido; quemar otros impresos seductivos que se hallaron en su maleta, y anticipar al dia 21 la jura de nuestro soberano FERNANDO VII, que estaba detenida para el 30, como se verificó solemnemente con un gozo inexplicable de todo el pueblo.

No bien se habia celebrado esta sagrada ceremonia, quando en el 23 se presentó el Brigadier Don Manuel de Goyoneche, comisionado de la Junta Suprema de Sevilla con los despachos y noticias de que se os ha instruido por medio de la prensa; y este acaecimiento tan oportuno no pudo menos que llenar de satisfaccion al gefe, á los magistrados, al excmó. Ayuntamiento y al pueblo todo, á vista del acierto con que aquellos habian obrado, y de la uniformidad comprobada de sentimientos entre estos habitantes y los de la metrópoli.

Américanos, yo me lisongo de preveer los mismos en todos vosotros, y de que desde la capital de los reyes hasta el mas triste pueblo de pescadores, situado á las orillas de vuestras costas; desde aquel hasta el mas encumbrado asiento de minas; desde Tacna hasta Tumbes, y desde Tarápotto hasta Jujui, no se oirá otro grito que el de vuestra lealtad. FERNANDO VII viva, Bonaparte muera. Yo veo ahora en vuestros semblantes el diseño mas propio de la indignacion, y en vuestros corazones el deseo mas ardiente de auxiliar á nuestros hermanos, para salvar al rey, á la religion, á la patria, y á nosotros mismos. Veo á los Illmós. prelados que desnudándose de aquel fausto propio de la dignidad que todos reconocen y respetan sin necesitar de exterioridades, destinan gran parte de sus pingües rentas al auxilio de unas urgencias tan preferentes. Veo que á su exemplo los venerables cabildos, los curas, los devotos pro-

vinciales, y todo el clero secular y regular, corren á efectuar quiantosas oblaciones. Veo á los gefes de las provincias, á todos los magistrados, y á los empleados civiles y de real hacienda hacer ostentacion de la liberalidad y noble entusiasmo con que se desprenden de una porcion de sus dotaciones que necesitan para su subsistencia. Veo á los excmós. y muy ilastres cabildos que á mas de destinar sus propios y rentas á objeto tan justo, se dedican á recorrer personalmente las casas de todos los vecinos para coleccionar aquellos donativos que les proporcionan sus facultades. Veo á los poderosos comerciantes que se inquietan y afanan hasta poner considerables sumas en las arcas de sus respectivos consulados con el propio destino, manifestando su noble disposicion para repetir otras erogaciones á proporcion que lo exijan las necesidades; y veo, pero que no veo en vosotros generosos Limeños! Habitando un pais que siempre ha desconocido la mezquindad y la miseria, nacidos y criados en medio de la abundancia y de la liberalidad no conoceis otro carácter que el del desprendimiento; jamas habeis permitido que exista la necesidad delante de vosotros sin socorrerla. Y si esto ha sucedido siempre en los casos ordinarios y comunes ¿que no debe esperarse de vosotros en el presente en que la causa de Dios, la del rey y la de la patria, son las interesadas? Nada aventuro en asegurar que á vuestra generosidad y nobles sentimientos se deberá en gran parte salvar á la religion, á nuestro amado soberano, á nuestras leyes, y á nuestros hermanos de las garras del monstruo que quiere destrozarlo todo.

Americanos, bien sabeis quanto ha sufrido Buenos-Ayres por conservarse en la amable dominacion de que el usurpador Napoleon pretende despojarnos, y por salvar las provincias internas que habitais. Los fondos de este erario los caudales públicos y mucha parte de los particulares se han consumido en la memorable defensa que acaba de hacer: no obstante esta capital ansiosa siempre de hacer mas y mas en servicio de su rey, y por el bien de la patria, apura los últimos arbitrios y no descansa por facilitar

los auxilios de que sea capaz su actual constitucion. ¿Y qué no debe prometerse de vosotros que ni habeis sufrido sus padecimientos, ni os hallais en igual estado? Americanos, la voz de FERNANDO VII os alcanza desde el arresto á que lo ha reducido el mayor monstruo que abortó la naturaleza, el perseguidor de los reyes, el declarado enemigo de la religion y de la iglesia, el que ansia por vuestras propiedades, y por la esclavitud de vuestros hijos.

Bonaparte: esta astuta serpiente se quiere enroscar al rededor de vosotros para consumiros vuestras entrañas, y os anuncia felicidades que desconoció siempre su alma corrompida, con el fin de seducir á los incautos. Volved los ojos á la Francia misma, á esa nacion en otro tiempo grande, convertida en el juguete mas ridiculo de las abominables pasiones del extranero que la manda. ¿Qué es lo que ha conseguido? ¿Qué felicidades le ha dado la dominacion del ambicioso Napoleon? Las ciencias, las artes, la agricultura, el comercio, sus leyes, la religion, todo ha desaparecido en ella, y su apreciable juventud, que antes dió al mundo tantos hombres grandes, ha llegado á extinguirse ó al menos á reducirse á una muy pequeña porcion de mozos libertinos, groseros y vagamundos, aptos unicamente para el robo y pillage en que su emperador los ha echo maestros. Americanos, ya temo hacerme fastidioso; pero permitidme todavia que en la última efusion de mi corazon vuelva á deciros para concluir, viva FERNANDO VII; sacrifiquemos gustosos por él y por nuestros hermanos quanto poseemos: apresuremonos á auxiliarles, que el Dios de los exercitos protege nuestra causa. Llevemos al rey, y único señor legitimo que conocemos al trono de que ha sido arrebatado, para servirle, para obedecerle y para hacer nuestra propia felicidad. Buenos-Ayres 26 de agosto de 1808. = El Americano.

El antiguo enemigo de Napoleon, al amigo de la razon y
la verdad.

Hacienda de 15 de noviembre de 1808.

Tu enérgica voz, ó amado Tivedó, ha resonado como un trueno en estos campos solitarios, y hasta los sencillos y virtuosos labradores que me rodean se sienten ya animados de tu mismo fuego. Por un impulso irresistible de su entusiasmo, yo los he visto con asombro lanzar de sí la azada y el arado, y arrojar al fuego la semilla que sus manos laboriosas iban à derramar sobre una tierra preparada ya con el sudor de sus rostros. „Cúbrase, decian, de abrojos y espinas el fértil suelo que ha alimentado à nuestros hijos, ántes que por nuestra industria produzca fruto alguno que pueda sustentar algun dia à los crueles ministros de la usurpacion y la muerte. El monstruo feroz que despues de haber asolado à la Europa, y devorado opulentos imperios permanece insaciable, aspira sin duda à esclavizar el universo, y quizá se prepara ya para gustar los deliciosos frutos de nuestras fértiles campiñas; como si fuera capaz de percibir el inocente deleite de las producciones de la naturaleza la bestia inmundada que solo se ha alimentado en tantos años de sangre y de cadáveres. No pensemos ya en el fomento de la vida, sino en vencer ó morir. Si está decretada nuestra ruina, moriremos con el consuelo de no dexar por nuestra parte cosa alguna que pueda lisonjear la ambicion del tirano; y si el cielo justo nos concediese la victoria, la tierra aliviada del soberbio coloso que la oprime desabrochará en nuestro obsequio las riquezas de su seno, y agradecida à nuestras manos renditoras cubrirá por sí misma de sazonados frutos esos campos inmensos inundados hoy de lágrimas y sangre.“

¡Qué penetrantes son para la inocencia, ó amado Ti-

devó, los clamores de la razon! y ¡qué de fuego abriga un corazon virtuoso aun en las condiciones mas humildes! Verdad es que tú, persiguiendo siempre las huellas ambiciosas del tirano, has acertado de tal suerte à desenvolver el sistema de su política desoladora como si alguna vez hubieses tenido la desgracia de ser su confidente: y ese carácter feroz, vil, irreligioso, encubierto con los velos de la mas detestable hipocresía te fué siempre tan conocido como son hoy para todo el mundo sus enormes delitos. Sí: tú has dicho bien, y yo lo he repetido contigo: Napoleon ha penetrado perfectamente la nobleza del carácter español, y en el fermento de sus ambiciosos proyectos, concluyó que le era tan fácil abusar de su sinceridad, como difícil el triunfar de su valor. El sabe bien que no es lo mismo encadenar un pueblo inquieto, enervado por sus mismos delitos, y fatigado de sus remordimientos, que sojuzgar una nacion igualmente valerosa que apacible, y cuya fidelidad se halla profundamente cimentada no sobre los débiles principios de una política variable al antojo de los pueblos, sino sobre las incontrastables máximas de una religion augusta, celestial y divina. Ni como ha podido ignorar que no es lo mismo el desordenado calor del libertinage, que el noble entusiasmo de la religion y la fidelidad! aquel es un fuego eléctrico excitado por el violento choque de las pasiones, y cuya efímera luz solo se dexa ver en la tenebrosa atmósfera que levantan los vicios; éste es una llama pura, activa, luminosa que se irrita con el soplo sacrílego que pretende apagarla, y por los obstáculos mismos que la sufocan sobre la tierra se abre un camino franco para elevarse hasta el cielo.

Así era muy justo que el que con mil acatamientos hipócritas daba muestras de respetar en Austerlitz el valor desgraciado de los rusos, supiese temer desde Bayona el valor insultado de los invencibles españoles. Pero ya no es bastante que le tema; sus delitos claman que es necesario que le pruebe, y que el formidable leon de España sacudido de sus gruesas cadenas se lance como un rayo y despedace entre sus garras esa vil raposa, que con la traicion mas hala-

güena nos arrebató al mejor tiempo el ave inocente, cuyas cariñosas alas tendidas ya sobre nosotros nos prometian con su abrigo la seguridad y el consuelo. Si: aun es tiempo de arrancarle la presa que el mismo horror de su delito no le ha permitido devorar, y que perezca en la cruel desesperacion de ocupar en ningun tiempo à la España, así como intentó sufocar en nosotros las dulces esperanzas de poseer al amable FERNANDO. Allà le dexamos al infame autor de nuestras pasadas desgracias como único amigo digno del enemigo de los hombres: sea él solo el confidente de sus intrigas ambiciosas, y partan hermanablemente, el fruto infeliz de sus usurpaciones, ya que son tan iguales en la elevacion y los delitos.

Me parece, ó amado Tidevó, que la aurora de nuestra felicidad ha rayado ya; y que el soplo de la omnipotencia ha comenzado à arrojar las negras tempestades al otro lado de los encumbrados Pirineos. Napoleon creyó hacernos eternamente desgraciados arrebatándonos al virtuoso monarca que el cielo apiadado de nuestros males nos habia concedido: pero no advirtió que llevándose igualmente al pérfido seductor de nuestros inocentes soberanos, apartaba de estas venturosas regiones un azote terrible que solo podia reemplazarse por la intrusa dominacion de su obscuro linage. ¡Desgraciada nacion donde el cielo irritado ha reunido los dos monstruos asoladores de la Europa! Esto es decir que la iniquidad ha llegado à su colmo; que el reyno de la ambicion ha espirado ya, y que el ídolo de la fortuna va à ser bien pronto derribado. Ya me parece que veo estremecerse el angusto trono de Luis XVI. para arrojar de sí al vil extranero que afectando despreciarle se disponia à consumir la mas injusta usurpacion. Los templos gimen para purificarse de los infames cánticos con que en ellos se han celebrado los triunfos de la tiranía: el Vicario de Cristo llora separado de su casta esposa las humillaciones à que sujetó su alta dignidad por derramar el oleo santo sobre una cabeza criminal que fraguaba ya su total abatimiento, despues que con el infiel mahometano se habia lisonjeado

de la aniquilacion de sus dominios (1). Los sagrados pastores se confunden de haber intimado à los pueblos en nombre del Dios de la paz y la verdad la obediencia à un tirano pérfido y sanguinario. La Francia virtuosa se avergüenza de su fidelidad al descarado autor de tantos crímenes. Todos, todos respiran ya un odio implacable contra ese conquistador hipócrita, que despues de haber deslumbrado al mundo entero con su afectado amor à la religion, la paz universal, y la independencia de las naciones, ha venido à quitarse la máscara à la frente del pueblo mas grave y religioso del universo, arrebatándole en la persona de su amable monarca, su religion, su honor, su vida y quanto la fidelidad mas acendrada puede imaginar de mas sagrado sobre la tierra. Así ha pagado (2) el héroe fabuloso de la Francia los enormes sacrificios que ha hecho à su ambicion una nacion generosa, à la qual estaba unida por los estrechos enlaces de la vecindad, la amistad y la política. Despues de un igual ultraje, si los españoles no hacen una guerra implacable à la Francia; si un sentimiento de ódio y de venganza no inflama en general desde el niño hasta el anciano, desde el miserable hasta el poderoso, se acabó la nacion: verdaderamente ya no existe sufriendo impunemente contra su independecia una injuria que carece de exemplo en la historia: el lenguaje humano no tiene expresiones para caracterizar igual empresa (3).

Pero ¡ay de tí, Napoleon! ay de tí, Francia! Solo una vez se triunfa por medio de la traicion y la perfidia (4).

(1) *Historia de Bonaparte. tom. 2. pag. 22.*

(2) *Estas expresiones y las de la nota siguiente son las mismas con que un papel frances impreso en la Minerva núm. 15 del presente año, denigra la conducta de la Inglaterra contra la Dinamarca su aliada: todo ese papel es digno de leerse, porque es una declamacion completa contra la presente perfidia de Bonaparte.*

(3) *Id.*

(4) *Id.*

Tu fiel, tu única amiga, tu íntima aliada te prepara el funesto golpe que ha de derribar esa soberbia estatua cimentada sobre las tristes ruinas de un monarca inocente, de una religion augusta, de un clero respetable. El formidable leon de España ha hecho resonar en los montes y las selvas su espantoso rugido, y un ejército de fieras encadenadas ántes por la opresion y el temor, han volado á congregarse al rededor de su invencible caudillo, para contener y arrollar en su carrera devastadora ese enxambre de animales carniceros que solo se sustentan del robo y la rapiña. Sí; esas falanges destructoras que mas con su multitud que con su valor han logrado derrotar invencibles ejércitos, y que conducidas de una ambicion desmesurada se glorian de haber atravesado con denuedo los arenales de Prusia y los despoblados de Polonia; esas mismas temblarán de espanto al acercarse á nuestras respetables fronteras; y si una vergonzosa fuga no las salvere de la muerte, espirarán con ignominia dando al mundo entero, aturdido hasta aquí con el ruido de sus victorias, la terrible leccion de que no es lo mismo pelear contra unas legiones mercenarias, que contra unos pueblos generosos inflamados por el noble entusiasmo de la religion y la fidelidad.

¡Oh qué gloria para nuestra nacion, amado Tidevó, contener ella sola el ímpetu feroz de este conquistador tirano en el momento mismo en que iba á cerrar con nuestra ruina la carrera funesta de sus usurpaciones, para transmitir su fama á la posteridad baxo la soberbia alegoría de un númen sanguinario sentado sobre las ruinas de la Eureka, y orlado su solio de cetros despedazados, naciones encadenadas, la religion humillada, su vicario y pastores abatidos, la humanidad gimiendo, la naturaleza horrorizada, los derechos del hombre vulnerados: todos, todos trofeos ignominiosos de la irreligion y tiranía! ¡Qué momentanea es, ó Tidevó, la gloria del impío! y qué acertadamente presagió el mismo tirano la vanidad de sus triunfos, quando al pie de las pirámides de Egipto dixo así: „El pan

hurtado por el malvado llena su boca de arena“ (5).

Dispensa, ó Tidevó, la pesada dlfusion de mi pluma, porque es como imposible moderar las expresiones de un ódio tan justo y, en mi corazón, tan antigüo. ¡Dichoso tú á quien el cielo ha concedido el don precioso de un pincel valiente para retratar á este monstruo con toda la fealdad que le prestan sus delitos! El generoso español y el fiel americano no necesitan cierto los estímulos de tu enérgica voz para animarse á la venganza; pero los papeles seductores de tantas plumas mercenarias que hacen gemir las prensas con los asquerosos rasgos de la adulacion, necesitan ser rebatidos por el sincero lenguaje de la razon y la verdad, para que ese nombre abominable transmitido á la posteridad con todos los colores de su ambicion y su perfidia, cargue justamente con la exécracion y el anatema de todas las generaciones y los siglos.

Continúa pues, ó amado Tidevó, en el honroso empeño á que te obliga el glorioso títmbre con que te has dado á conocer. La gratitud universal será tu mas dulce recompensa, y de ella tendrá una satisfaccion muy distinguida tu mas apasionado amigo. = Pedro Manes de Colet.

EN EL BESAMANO DEL CATORCE DE OCTUBRE tenido en celebridad del cumple años de nuestro católico soberano el señor Don FERNANDO VII y de su proclamacion hecha el dia anterior, el Dr. Don Justo Figuerola, individuo del ilustre colegio de abogados de esta real Audiencia, en nombre de la real y pontificia Universidad de San Márcos pronunció la oracion siguiente.

¿Qué proclamacion! ¡Qué jura, excmó. señor, tan augusta y solemne! Los suspiros, lágrimas y sollozos que inter-

(5) *Historia de Bonaparte, tom. 2. pág. 18.*

rumpen los vivos: la pálida tristeza en cada semblante sufocando el placer de tan alta y tierna ceremonia: el fuego sagrado que arde en nuestros pechos, mas activo que el que anima el cañon y mortero: la ira honrosa inextinguible hasta no reparar la infame traicion cometida contra el amado monarca: el vilipendio de una potencia la mas noble y religiosa, que ó lava sus afrentas, ó muere, porque jamas respira la deshonra: tantos títulos para el sacrificio de nuestras vidas, y de todo lo nuestro, todo, todo pregonada del modo mas auténtico que FERNANDO VII tiene un trono inamovible en el corazon del último Americano, y que las desgracias de su real persona y familia dan nuevo pábulo á nuestro amor y lealtad. Los ministros del Señor y representantes del soberano, militares y sabios, nobles y plebeyos, ancianos, jóvenes, mugeres y niños todos estan heridos en lo mas vivo de la honra, y han jurado no colocar sus nombres en otros padrones que en los de la muerte, ó el triunfo. ¡Americanos! ¡Compatriotas! Gefe, digno descendiente de los ilustres Adalides Godos, que conducidos por Pelayo, sacudieron el yugo sarraceno, acordaos que circula en vuestras venas la sangre generosa y noble de los héroes que abrieron paso al evangelio en este nuevo mundo, y de los que derrotaron al galo en Roncévalles, Pavia y San Quintin: mirad la injuria hecha á nuestro monarca, y reputacion nacional: aun estan abiertas las heridas, y por todas ellas con voz muda y eloquente claman venganza los Manes respetables de los Eslavas y Carvajales, esa sangre preciosa, que contuvo el ímpetu del torrente precipitado contra las potestades legítimas: así, no solo debeis jurar una lealtad eterna á nuestro soberano, sino un ódio implacable al tirano opresor de la libertad de las naciones, que tiene el descaro de apellidarse protector de ellas. ¡Oh FERNANDO! ¡Oh rey nuestro! ¡Oh España! ¡Oh españoles! ¡Oh! ¡Quien corriera á los campos de batalla para en vuestra compañía cubrirse, ó con el esmalte de la sangre, ó con el laurel inmarcesible de la victoria! Pero pues nos impide el océano este vuelo natural, no cesaremos un punto de tener

las manos levantadas hácia el Dios de los exércitos, para que bendiga los vuestros, que son suyos, ni de abrir en vuestro obsequio, no solamente los senos de nuestros montes de oro y plata, sino los de nuestros corazones, que palpitan y palpitarán pendientes de vuestra suerte. Arrancad, arrancad á nuestro amado monarca, al sobrino de San Hermenegildo, al nieto del católico Recaredo, San Luis y San Fernando, ¡ah! ¡qué nombres! de las garras de ese monstruo, que cubre de vergüenza á la humanidad, y principalmente al pueblo sin carácter, que ha logrado violentar, y seducir. No sufraís, no consintais en manera alguna, que el santo y brillante cetro de la Hespèria, y las Américas sea empuñado por unas manos acostumbradas á obrar los crímenes con la tranquilidad mas impudente. Pelead, valerosos hijos de los Rodrigos, Córdovas, Toledos, Leyvas, Austrias, y Santacrúces: la victoria ha de seguir la justicia de vuestra causa. Y si acaso por algunos instantes prevaleciesen contra vosotros en algunos reencuentros esas falanges de asesinos mercenarios, no vacileis un punto entre la rendicion, ó la muerte: elegid esta, pues no somos culpados por no vivir, pero sí por no conservar hasta el postrer aliento, el honor heredado de nuestros padres, y las glorias de la patria. ¡Ah! No se diga, que en nuestros tiempos emigró de la hija de Sion su magestuosa hermosura! ¿Qué corazon patriótico podra sobrevivir á tal desdicha? O subsista la monarquía en toda su dignidad, ó perezca con su esplendor de un solo golpe nuestro nombre, y memoria. Mas no temais tal desgracia: á la hora presente ya habeis triunfado. Sí: ya escucho resonar con placer los dulces, y fervorosos cánticos de la victoria: y ya veo, ¡ah! ¡qué espectáculo! veo sentado sobre el trono de Ataulfo al amable renuevo, al principe objeto de nuestro dolor y ternura. Vedle, qual contempla un hijo en cada vasallo! ¡Qual le arrebatan el amor y lealtad de sus pueblos! ¡Y qual se olvida de sus desgracias, y aun de sí mismos, por ocuparse unicamente de ellos! Vedle, vedle como derrama, qual padre tierno, la copa sagrada, y abundante de sus reales beneficencias. Pue-

blos venturosos de la Ibéria, amada madre nuestra, no olvideis en esos raptos de vuestro santo júbilo á la generosa, noble y leal América: representadle, que vuestro amor no ha sido mas fervoroso que el nuestro, y que aun la vida nos es odiosa sin su amable y paternal imperio. Dure este por mas tiempo que la memoria de los delitos de Napoleon. ¡O! ¡Derrame el cielo sus gracias sobre el descado FERNANDO! Segun la inmensidad de nuestro amor cuéntense sus años: y desde la altura de su solio vea que se suceden respetando su existencia. Señalese cada momento de su preciosa vida por virtudes augustas que brillen á la par de las de sus excelsos progenitores: y sea tal la prosperidad de la España baxo su largo reynado, que olviden los venideros esta época de tanta amargura y afliccion. ¡Ah Exmó. Sr.! Con lágrimas y sangre escribanse estos votos generales de la América, y particulares de esta escuela que represento, y ofrece á los pies del trono sus plumas y sus vidas en este dia, dia el mas angusto que numeran nuestros anales, despues de aquel para siempre memorable, que vió enarbolarse en estas regiones bienhadadas los triunfantes pendones de Juana y Carlos V.

PROCLAMA.

Don Josef Fernando de Abascal y Sousa, Caballero del hábito de Santiago, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Virey, Gobernador y Capitan general del Perú, Presidente de la Real Audiencia de Lima, Superintendente, Subdelegado de Real Hacienda &c.

Permanos: en medio de los melancólicos dias que han pasado, teneis no pequeña parte en la gloriosa satisfaccion de haber presentado el espectáculo mas angusto, la armonia mas sublime que se ha visto jamas sobre la tierra. Unánimes con la madre España, todas las naciones que componen nuestras colonias, desde el fondo de las Californias has-

ta la isla de Chiloé, y desde el Misisipi al Paraná, aunque tan diversas en genio, lenguaje y costumbres, han levantado hasta el cielo sus clamores unisonos. Al continuo ruego de mas de veinte millones de hombres, el Dios del universo se ha dignado dirigirnos sus ojos apacibles, para volverlos despues llenos de su terrible ira contra el pérfido monarca de la Francia, sus infames satélites, y sus asesinas legiones. Ha llegado ya el momento de la venganza, y el miserable Napoleon, y la nacion que le ha sufrido, han colmado la medida de sus abominaciones, y tocan ya el término fatal señalado para la expiacion de tantos crímenes.

Las aguas del Ebro y Guadalquivir corren ya teñidas de sangre enemiga. Esos ejércitos de raposas, que simulando amistad, se introduxeron en la madre patria, estan ya disipados, y sus feroces capitanes cargan las cadenas que les preparó su atroz barbarie; y aun se nos dice, que el inhumano corso tuvo que huir tan vergonzosa como precipitadamente. No, no consolidará la ceniza de tantos cadáveres, sobre que está cimentado su inmundo trono, con las lágrimas de los fieles é intrépidos españoles. El dulce canto de nuestras primeras victorias ha llegado ya á las regiones mas remotas; y con la próxima esperanza de ver al bien amado FERNANDO en medio de sus inmensos dominios, se aviva el fuego de nuestros corazones, nuestro valor se fortifica, y no hay sacrificio que nos parezca grande, por lograr tanta ventura.

Quando en las tierras de la madre España, no hay uno solo de vuestros padres y hermanos que no ofrezca gustoso sus haciendas, su vida, y todo su ser: quando los mismos ingleses nos franquean desinteresadamente sus esquadras señoras de los mares, sus armas, sus personas y caudales ¿quien ha de imaginarse que respire uno solo de vosotros, que gozando las delicias de este suelo bienhadado, se excuse á contribuir con quanto le sea posible á la causa comun de todos los reyes, los pueblos y los hombres?

Os aseguro que mi corazon se conmovió, quando advertí que vuestra generosidad habia prevenido mi primera